dados, armas y municiones que por una parte mandaba el gobernador de Cuba para socorrer á Narvaez, y los otros eran enviados por el de Jamaica para ejecutar la expedicion á Pánuco. Todo este resfuerzo se agregó gustoso al partido de Cortés.

Las victorias de los Españoles dieron tal renombre á su general, que llegó á ser el árbitro de los destinos de aquellos pueblos.

La enfermedad de las viruelas apareció por primera vez en el Nuevo Mundo, traída por un negro esclavo de Narvaez, segun dicen varios historiadores, é hizo formidables extragos, haciendo víctimas á Cuitlahuatzin, rey Mejicano, y Magizcatzin, príncipe Tlaxcalteca. Los Mejicanos dieron la corona á Quauhtimotzin; este jóven intrépido continuó las disposiciones militares de su predecesor.

Cortés, despues de haber asegurado el camino de Veracruz, mandó á la Corte de España al capitan Ordaz, con una relacion exacta, dirigida á Cárlos V, de todo lo que hasta entónces habia ocurrido; y al capitan Avila, á la Isla de Santo Domingo, en demanda de nuevos auxilios, para llevar á cabo la conquista de Mejico. Confirió la vacante que existia por fallecimiento de Magizcatzin, á un hijo del difunto príncipe.

Libro Décimo.

Marcha de los Españoles á Tezcuco.

El general Español que nunca desmayó en su atrevida empresa, fué disponiendo las cosas de manera que le fuera dable dominar á los Mejicanos; y á este fin construyó bergantines y mandó levantar fuerzas en todas las comarcas que le eran adictas, y una vez dispuesto todo, marchó con sus soldados y con los aliados, augurándoles ántes sobre el buen éxito que coronaria sus esfuerzos, fijó algunas reglas de conducta para sus subordinados, y el dia 28 de Diciembre de 1520, se encaminó para Tezcuco, pasó por Tetzmelucan; al comenzar á bajar al llano, vieron el camino obstruido con troncos y ramas de árboles; cuando llegaron al Valle, fueron atacados por algunas tropas volantes de enemigos, que pronto se pusieron en fuga. Durmieron aquella noche en Coatepec, y marchando despues para Tezcu-

co, vieron venir una embajada sin armas, con una bandera de oro, como símbolo de paz, y manifestaron á Cortés la buena disposicion en que se hallaban para recibir amigablemente á él y á los suyos. Entró pues Cortés á Tezcuco; pero á los pocos dias notó que los transeuntes disminuian en las calles, que faltaban las mujeres y los niños, y conjeturó que aquel era un mal síntoma; despues observaron desde las azoteas de palacio, que salia mucha gente de la ciudad hácia los bosques y otros diversos pueblos del lago. El rey Coanacotzin se ausentó, yendo á Méjico en una barca: apénas tenia Cortés tres dias en aquella capital, cuando se le presentaron los señores de Huejotla, de Coatlichan y de Atenco, á ofrecer su amistad y alianza á Cortés. Esta circunstancia irritó á los Mejicanos, y enviaron á dichos señores, una fuerte reprension y terribles amenazas que al fin despreciaron; se apoderaron de los mensajeros y los enviaron á Cortés. Este desde su entrada á aquella ciudad, trató de ganarse el ánimo de sus pobladores; descubrió el gran partido que tenia entre los nobles Ijtlijochitl, lo hizo conducir á la Corte y lo aclamó rey; era uno de los personajes que desde la primera entrada de Cortés á Tlaxcala, se habia manifestado decidido partidario de los Españoles; fué instruido en la religion cristiana, y se bautizó con el nombre de Fernando Cortés Ijtlijochitl, por respeto al general Español que le apadrinó; murió jóven en 1523, y le sucedió en el señorío su hermano Cárlos. Cortés fijó su cuartel general en Tezcuco, por parecerle el punto más á propósito y conveniente para sus ulteriores operaciones militares.

Dejó en esta capital algunos de sus soldados y muchos

aliados al mando de Sandoval, y él marchó con otros de sus compañeros y tres mil Tlaxcaleses. Al llegar á Iztapalapan, le salieron al encuentro algunas tropas, peleando parte en tierra y parte en agua, se iban retirando hácia el pueblo; precipitáronse sobre ellos, Españoles y Tlaxcaleses hasta dentro de la ciudad, cuyas calles hallaron desiertas, pues sus moradores se habian retirado con sus mugeres é hijos y la mayor parte de sus bienes, á unas casas que tenian en las islas del lago: allí fueron perseguidos por los enemigos, y en la noche, cuando los Españoles alegres por el triunfo, se ocupaban en saquear las casas y los Tlaxcaleses en quemarlas, observaron con espanto á la luz producida por el insendio, que el agua salia de los canales y empesaba á inundar la ciudad. A la vista de tan eminente peligro, se dió la órden de retirada, tomando precipipitadamente el camino de Tezcuco: mas no obstante esto, llegaron á un punto en donde se habian acumulado de tal modo las aguas, que los Españoles pasaron con gran trabajo, se ahogaron muchos de los Tlaxcaleses y se perdió la mayor parte del botin. Si Cortés detiene un poco más su retirada, perece allí con los suyos, pues los enemigos rompieron los diques del lago y anegaron la ciudad. Al siguiente dia continuaron su marcha por las orillas del mismo lago Cortés y los suyos, perseguidos é insultados por los enemigos.

Este contratiempo fué compensado con la sumision en las ciudades de Mizquic, Otompan y otros de aquellos contornos. A esta sumision, siguió muy en breve la de Chalco no sin alguna resistencia por parte de los Mejicanos.

Se llevó á Tezcuco el maderaje, las velas, la jarcia y la clavazon de los bergantines dándole esta comision á San-

doval al mando de doscientos infantes Españoles y quince caballos, encargándole pasase á Zoltepec para castigar severamente á sus habitantes, por haber matado á varios soldados Españoles y Tlaxcaleses. Los Zoltepeques luego que percibieron la borrasca, se pusieron en fuga; pero habiéndolos alcanzado los Españoles, pasaron á muchos á cuchillo y á otros los hicieron esclavos. Pasó en seguida Sandoval á Tlaxcala, donde todo estaba dispuesto para la conduccion de los materiales. El primer bergantin fué construido por un soldado Español llamado Martin Lopez, y sirvió de modelo para los otros doce que construyeron los Tlaxcaleses. Ocho mil de estos llevaban en hombros la madera, las velas, y todos los demas objetos necesarios para la construccion; dos mil llevaban los víveres, y treinta mil iban armados para custodiar el convoy, mandados por tres caudillos principales, Chichimecatl, ó sea Chichimeca Teutli, Ajotecatl y Teotepilo Teotlipil. Cortés, brillantemente engalanado salió á recibir el comvoy.

Expediciones contra Jaltocan y Tlacopan.

Cortés se puso en marcha despues de haber dejado una buena guarnicion en Tezcuco con veinte y cinco caballos, seis cañones, trecientos cincuenta infantes Españoles, treinta mil Tlaxcaleses y una parte de la nobleza Tezcucana se dirijió á Joltocan, ciudad situada en un pequeño lago. La infantería Española, sostenida por los aliados, lo pasó entre una lluvia densa de dardos y flechas y los habitantes no pudiendo soportar los estragos que hacian las armas españolas, abandonaron la ciudad y huyeron. Despues se encaminaron á Quauhtitlan, despues á Tenayocan y á Azcapozalco sin resistencia alguna y finalmente á Tlacopan. Los habitantes se manifestaron hostiles, pero por último se retiraron á la ciudad; en los seis dias que permanecieron allí los Españoles, tuvieron contínuos encuentros: en algunos de ellos se acercaron los Españoles al camino en que habian sufrido la más sangrienta derrota y en los fosos encontraron una terrible resistencia en la que estuvieron proximos á perecer, porque empeñados en perseguir á unas tropas Mejicanas, que habian salido á insultarlos para traerlos al peligro, se hallaron atacados por una y otra parte del camino, por un número tan considerable de contrarios, que no pudieron retirarse sino con gran dificultad. Cortés disgustado del mal éxito de su expedicion, volvió con su ejército por el mismo camino á Tezcuco, recibiendo en su marcha insultos de los enemigos, que atribuyeron su retirada á cobardía y desaliento.

Sandoval, que durante la ausencia de Cortés habia quedado guarneciendo la ciudad de Tezcuco, dos dias despues del regreso del general Español, salió á expedicionar para socorrer á los Chalqueses que temian ser atacados por los Mejicanos; pero se encontró con que en Chalco habian ocurrido muchas tropas de Huejotzingo y Cuauchquecholan con el mismo objeto, y considerando que el mayor peligro

estaba en Huajtepec, se dirijió á esta poblacion, situada en los montes; á los quince dias Chalco fué atacado en su marcha por fuerzas enemigas, que fueron derrotadas entrando los Españoles á Huajtepec.

Envió Sandoval mensajeros á ofrecer la paz á los de Zacapichtla, lugar muy fuerte situado en milla de Huajtepec; habiendo sido rechasadas sus propuestas se desidian á atacarlo, y no obstante lo escabrozo del terreno de la desesperada defenza que isieron los enemigos, fueron derrotados. Aseguran que fué tan sangrienta esta batalla, que tiñó con sangre un arroyo que por allí corría al grado de que los vencedores no pudieron hacer uso de sus aguas para mitigar su sed: en esta jornada murió Gonzalo Dominguez.

Insitados los Mejicanos con la derrota, alistáronse veinte mil hombres y los enviaron en dos mil barcos contra Chalco. Los Chalqueses imploraron el ausilio de los Españoles; y sus mensajeros llegaron cuando Sandoval volvia con sus tropas de Zacapichtla, cansado, mal parado y herido. Crellendo Cortés que la hostilidad de los Mejicanos contra Chalco provenia del descuido de Sandoval, sin atender á nada ordenó este capitan inmediatamente se volviera á poner en marcha hácia Chalco; pero cuando llegó á esta poblacion, los Chalqueses ya habian ganado la batalla con el auxilio de los Huejotzinques y de los Quauhquecholeses.

Cortés para evitar los males de la guerra, mandó una carta al rey Quauhtemotzin, manifestándole que no era otro su objeto, que el que fuese reconocido el rey de España, señor de aquella tierra; que deseaba establecer una pazduradera y una eterna alianza, que si habian emprendido aquella guerra, era porque se habia visto obligado á sus hostilidades; que no queria derramar más sangre mejicana, y destruir ciudades grandes y hermosas.

La contestacion á esta embajada, fué el envío de numerosas fuerzas contra los Chalqueses.

El 5 de Abril salió Cortés de Tezcuco, con fuerzas Españolas y aliados, dejando á Sandoval el mando de aquella plaza, se dirijió á Tlalmanalco, y de allí á Chilmahuacan, donde dejó el ejército con mas de veinte mil aliados, y continuó su marcha por los montes, hácia Huajtepec, cima ocupada por mujeres, niños, y por un gran número de guerreros que se burlaban de los Españoles.

Cortés atacó por tres partes del monte, pero cuando empezaba la batalla, observó á tres ejércitos de enemigos, con intento de atacar por la espalda á sus aliados, y mandó se retirasen, saliendo al encuentro con tropas bien ordenadas, y al fin obtuvo el triunfo.

Libre ya el ejército Español, de aquellos estorbos, se dirijió por Huajtepec, Jauhtepec y Guihtepec, á la ciudad de Quauhnahuac, capital de la nacion Tlahuica, distante treinta millas de Méjico. Mientras estudiaban el lugar á propósito para el asalto, los enemigos les tiraban increibles dardos, flechas y piedras; como el terreno era un pozo, y accidentado un Tlaxcales, viendo dos árboles grandes, que colocados á las orillas del barranco, habian cruzado mútuamente sus ramas, se sirvió de ellas como de puente, y pasó á la márgen opuesta; á su ejemplo hicieron lo mismo seis soldados Españoles y despues muchos Tlaxcaleses; este rasgo de audácia atemorizó de tal manera á los que por allí defendian la entrada de la ciudad, que se retiraron pa

ra unirse con los que por la parte opuesta resistian á las tropas de Cortés. Cuando la accion estaba mas acalorada, se vieron atacados de pronto por las que siguiendo los pasos del valiente Tlaxcales, habian entrado por la parte indefenza de la ciudad, y se espantaron y huyeron á los montes.

Despues de haber descansado, se dirigieron á la ciudad de Joquimilco, cuyos moradores habian construido algunas trincheras; levantando tan luego como vieron venir el ejército de Cortés, los puentes de los canales, y no obstante la encarnizada y tenaz resistencia, los Joquimilqueses fueron vencidos.

La toma de Joquimilco produjo una gran consternacion en Méjico. El rey Quauhtemozin convocó á algunos gefes militares, para hacerles presente la pérdida de aquella plaza de importancia, que tenia que recobrarla. Dió órden para armar un éjército de doce mil hombres, para que peleasen por tierra, y otro numeroso para que lo hiciera por agua, y esta órden fué ejecutada con tal violencia, que al dia siguiente avisaron á Cortés la marcha de los enemigos á esa ciudad; pero sin embargo de los esfuerzos inauditos que hicieron, el triunfo les esquivó el rostro, dejando á Cortés y á los suyos, dueños de la ciudad. Cortés, con su ejército, se adelantó á Coyohuacan, ciudad situada á seis millas de Méjico, la halló despoblada, y al dia siguiente fué á reconocer el camino, iba á unirse con el de Iztapalapan. De Coyoacan, marchó á Tlacopan, teniendo en su tránsito varios encuentros con el enemigo, volvió por Tenayocan, Quauhtitlan, Sitlaltepec y Acolhuacan á Tezcuco, despues de haber recorrido de aquella marcha, las orillas de aquellos lagos, y hecho las observaciones para su empresa.

Se ocupaba el general Español en activar los preparativos de su marcha, satisfecho de haber acabado los bergantines, y un canal de milla y media, bastante profundo y con cortaduras por una y otra parte, cuando unos soldados Españoles, partidarios del gobernador de Cuba, excitados por el odio, por la envidia ó por el miedo, convinieron secretamente en quitar la vida al general, á sus capitanes Alvarado, Sandoval, Tapia y á todos los que les fueran adictos; pero uno de los cómplices reveló oportunamente á Cortés la conjuracion. Este mandó prender á Antonio de Villafaña, cabecilla de la conspiracion, lo sometió á un juez, y habiendo confesado su delito, fué ahorcado en una de las ventanas del cuartel.

Ultimos preparativos del asedio de Méjico.

El 28 de Abril, Cortés hizo celebrar una misa de Espíritu Santo, que comulgaran todos los Españoles, y que un sacerdote bendijera los bergantines, que fueron votados inmediamente al lago, desplegando sus velas á la vez que el extruendo de la artillería y de los mosquetes, contribuian á aquella celebridad. Despues pasó revista á su ejército, y contó ochenta y seis caballos, ochocientos Españoles, tres